

le concedió el Señor, en todo semejante á la que antiguamente acreditó á sus santísimos padres, Elias y Eliseo.

Un dia fueron los dos hermanos, mandándose el prior, á cortar leña para el monasterio. Cayóse á Fr. Juan el hierro de la hacha en un estanque profundo, que recogia el agua de la fuente de S. Elias, su padre. Afligióse por ser prestado, y no tener los religiosos posibles para pagarlo. Su hermano Angelo, que le vió afligido, se puso en oracion, y luego tomó el astil, y aplicándole al agua (como en el Jordan hizo su padre S. Eliseo) vieron que andando el hierro, y subiendo contra su naturaleza, se encajó en el palo. Quedóse admirado Fr. Juan, pero Angelo le dijo, que diese gracias á Dios, y lo tuviese en silencio. Así lo hizo; pero Dios, que queria manifestar la santidad de su siervo Angelo, se lo reveló al santo prior de su convento, que á la sazón estaba en oracion; el cual, para gloria del Señor y edificacion de los demás, publicó la maravilla en el convento. Con estas penitencias y aspereza de vida, llegaron los dos santos hermanos al año de 1213, en que haciendo órdenes el patriarca de Jerusalem, el prior los envió (con otros religiosos) á ellas, aunque lo rehusaban humildes, reconociéndose por indignos del sacerdocio santo. No les bastó su humilde escusa; y así obedeciendo, salieron del monte, y le dieron vuelta, porque S. Angelo quiso visitar la cueva de S. Juan Bautista, especial devoto suyo; y así hubieron de pasar el Jordan, el cual venia tan crecido, por haber llovido mucho aquellos dias, que la barca estaba anegada; y mucha gente detenida, por no haber paso.

Tuvo Angelo lástima á los detenidos pasajeros; y puesto en oracion, al cabo de media hora se levantó, y vuelto al rio, le dijo animosamente: *Sagrado rio, por la virtud que en tí dejó Jesucristo, cuando se bautizó en tus aguas, por el poder de la Santísima Trinidad, y la intercesion de nuestro padre S. Elias, cuando con su discipulo Eliseo hirió con su melota tus aguas; te mando que des paso enjuto á estos religiosos, y fieles que están aqui detenidos.* ¡Caso maravilloso! al instante se dividió el rio, y dió paso enjuto y libre á todos los pasajeros. Divulgóse por todo el reino la maravilla, y fué causa de la conversion de muchos judios y sarracenos, y en S. Angelo de mayor humillacion, pues cuanto mas lo sublimaba el Señor, quedaba en sí mas abatido y confuso. Ordenáronse de sacerdotes los santos hermanos, y despues de algunos dias se partieron para su Carmelo. Vinieron por Belen, por visitar el santo pesebre, y llegando á la ciudad se conmovieron sus vecinos, y por la opinion que le seguia á Angelo de santo, le traian sus enfermos y necesitados, fiando

de su intercesion la salud. Entre los demás vino una mujer llamada Isabel, llorando la muerte de un hijo, que se habia muerto entre las travesuras de mancebo, y le pidió se lo resucitase. Escusábase el Santo, confesándose indigno de que por él obrase Dios tan gran milagro; pero ella con importunos ruegos y repetidas lágrimas hizo traer á su presencia al difunto, que habia dos dias que lo era; y era tanta la fe, que solo pedia tocarse el cuerpo con la punta de su capa, fiada en que solo con tocarla habia de resucitar su hijo. Enternecieron el corazon del Santo los clamores de la mujer, y los demás ayudaron con sus ruegos y lágrimas: hizo S. Angelo oracion, y aplicando la capa al difunto, al instante se levantó vivo con admiracion de todos los circunstantes. Echóse el mozo á sus pies, dándole las gracias por el beneficio, confesando que no solo debía á su intercesion la vida corporal, sino tambien la del alma, la cual habia perdido por sus juramentos y blasfemias.

Sucedió este milagro por la fiesta de la Epifanía, que habian concurrido á Belen muchos prelados circunvecinos, y multitud de gente, con lo que fué mayor su aplauso. No pudiendo sufrirlo su modestia, porque reconocia que el cuerpo peligraba entre las espadas, y el alma entre las alabanzas y lisonjas, pidió al Señor que le pusiese en seguro. Discurrió donde seria, y envióle Dios un ángel, que confirmándole en su propósito, le señaló el lugar de su habitacion, y se le ofreció por compañero en el camino, como á Tobias Rafael. Con este seguro y fiel compañero, y licencia que tenia (aunque oculta á los demás) de su prior, salió en compañía del ángel, que le guió al desierto de la cuarentena, no léjos de Jericó; y á imitacion de Cristo que lo consagró con su ayuno de cuarenta dias, estuvo en él S. Angelo por espacio de cinco años, tan retirado de toda humana conversacion, que ni monges ni seglares lo pudieron descubrir, por diligencias que hicieron; porque quien lo llevó á la soledad, lo encubria (segun dice David) en lo mas escondido de su rostro.

Pero si el Santo huía del mundo para evitar las aclamaciones de que en él era objeto, el Señor se las buscaba mayores en los poblados: y como la capa de su padre Elias, dejada á Eliseo, substituyó por su dueño, abriendo el Jordan milagrosamente; así la capa de Angelo, que se habia dejado en Belen (por no poderla sacar sin nota de sus compañeros) obró tantos milagros, que no solo sanaba enfermos de varias enfermedades, á quienes la aplicaba, como sagrada reliquia, sino es que resucitó siete muertos, cuyos nombres trae el patriarca Enoch, autor de su vida é historia, el cual refiere tambien, que los cinco, que eran

varones, se hicieron religiosos, y las dos, que eran doncellas, tomaron de religiosas el hábito; para que se viese, que sus milagros no tanto miraban á la salud del cuerpo, quanto á la del alma.

Al quinto año de su retiro se le apareció Cristo bien nuestro mas resplandeciente que el sol, acompañado de ángeles y santos, y dijole, que ya era tiempo de que volviese al poblado; porque su Eterno Padre le tenia señalado para otra empresa, no menos dificultosa y agradable que la del yermo; pues era dar la vida por reducir pecadores. Postróse Angelo á tanta luz: resignóse en la divina voluntad: ofreció la vida al sacrificio; y respondió que obedecía pronto y humilde. Mandóle su Majestad ir á Jerusalem á predicar contra los vicios, y despues á Alejandria, de donde se llevaria unas reliquias sagradas, para librarlas de que los bárbaros las profanasen, y que pasando á Roma, las entregaria al pontífice, para que las venerase y colocase en lugar decente, y que al fin pasase á Sicilia, donde le esperaba guerra declarada con los vicios; *mas triunfarás gloriosamente* (dijo su Majestad) *para que con la corona del martirio* (como otro Bautista) *entres triunfante en mi reino.*

Salió S. Angelo de su amada soledad por la octava de la Epifanía del año de 1219, habiendo estado en ella cinco años, y se encaminó á Jerusalem. Iba tan flaco y desfigurado, que apenas lo conocian los religiosos. Su hermano á este tiempo ya era patriarca de Jerusalem; hizole grandes instancias para que se quedase allí; mas advertido del orden que tenia de pasar á Italia, hubo de obedecer al cielo, como su hermano Angelo. El qual despues de haber predicado casi dos meses, y convertido gran parte de judíos y moros, y reducido á mejor vida infinitos católicos, que le oían como si fuese un Bautista, ó un Elias, avisado del cielo que prosiguiese su viaje, se despidió de su hermano, pidió licencia al general, y eligió por compañeros tres insignes religiosos de su hábito, Fr. José de Emmaus, Fr. Pedro de Belen, que despues fueron obispos, y Fr. Enoch Jerosolimitano, que subió á ser patriarca de Jerusalem, y escribió la vida de su compañero S. Angelo. Partieron para Alejandria de Egipto, dejando á todos tristísimos con su ausencia. En esta ciudad predicó hasta fin de mayo; y entregándole el patriarca de ella, con harto dolor de su corazón, las reliquias que por orden del cielo le pidió S. Angelo, se hicieron á la vela en una nave genovesa. Navegaron quince dias, y habiendo descubierto tierra de Sicilia, cerca ya del puerto, dieron con cuatro galeras de moros, que cercando de improviso la nave, la rindieron. Setenta

moros entraron dentro; y viendo iban aprisionando los cristianos, les dijo S. Angelo: *Tratad bien á los siervos de Jesucristo.* Pero ellos sin hacer caso, mas irritados, pasaron á atarle tambien á él por los pies. Levantó al cielo los ojos y las manos, diciendo: *Libradnos, Señor, de las manos de tus enemigos, y da gloria á tu nombre.* Fué tan eficaz esta oracion, que juntó muchos milagros en uno; porque bajando fuego del cielo, hizo ceniza á los setenta moros, sin tocar á los cristianos, y trescientos que habian quedado en las galeras, quedaron ciegos con su resplandor; los cuales á grandes voces comenzaron á pedir misericordia á los cristianos: compadecido el Santo, pasó á las galeras con algunos cristianos, y les dijo: *Quien de vosotros se hiciere cristiano, cobrará la vista del cuerpo y del alma;* y todos respondieron, que querian ser cristianos: con que habiéndolos catequizado algunos dias que se detuvo en aquel puerto, los bautizó, y con la luz de la fe recibieron todos la corporal de sus ojos.

Partieron despues para Mesina, donde entró con aquel solemne triunfo, y despojo, que habia ganado para Jesucristo, y se fué á hospedar á su convento, acompañado de toda la ciudad, que se habia conmovido á la voz de tantos milagros. Aquí hizo otros muchos, sanando enfermos de varias enfermedades, y milagrosas conversiones con tres sermones que predicó. Partióse para Roma; y llegando á besar con toda humildad el pié al sumo pontífice Honorio III, le presentó las reliquias, que por orden del mismo nuestro Señor Jesucristo le traia de Alejandria; que fueron un brazo y una pierna de S. Juan Bautista, la cabeza del santo profeta Jeremias, un brazo de Sta. Catalina, virgen y mártir de Alejandria, una pierna del ínclito mártir S. Jorge, y una preciosa imágen de nuestra Señora, pintada por S. Lucas; las cuales recibió su Santidad con gran consuelo y estimacion. Visitó los santuarios de aquella santa ciudad, adoró sus reliquias, y ganó á Dios muchas almas en el púlpito. El santo pontífice le oyó cuatro sermones, y se le aficionó tanto, que con grandes instancias le rogó se quedase en Roma; y pasára á mandárselo, si no supiera tenia orden del cielo para volver á Sicilia. Dióle en muestras de su cariño la iglesia de S. Julian, en los montes y trofeos de Mario, para convento de su religion, que hoy posee; y por este título de antigüedad y fundacion preceden en Roma los Carmelitas á los Padres menores y Agustinos.

Uno de los sermones que predicó en S. Juan de Letran, donde tuvo por oyentes á los gloriosos padres Sto. Domingo y

S. Francisco, S. Angelo, sin haberlos jamás visto, ni tenido de ellos noticia, con luz superior los conoció desde el púlpito, y así dijo en el sermón, que entre los que le oían, había dos nuevas y firmes columnas de la Iglesia. Predicó con tanto fervor y espíritu que, admirados los dos santos patriarcas, luego que acabó se llegaron á él, y nombrándose por sus nombres, como si toda la vida se hubieran conocido, se abrazaron. Angelo, adelantándose, les dijo: *Sálveos Dios, grandes doctores de la milicia cristiana. A ti, Domingo, á quien ha escogido el Señor para acérrimo impugnador de las herejías, y predicador contra los vicios: y á ti, Francisco, principal imitador de Jesucristo, cuyas cinco llagas ha de imprimir en tu cuerpo por premio de tu humildad.* A estas proféticas razones respondió Sto. Domingo: *Alégrate, Angelo, á quien el Señor por singular privilegio ha escogido por predicador de la verdad contra los vicios y herejías, y lustre de la Iglesia con tus virtudes y ejemplos.* A que añadió S. Francisco: *Con razon, Angelo, te puedes alegrar; porque en breve tiempo darás tu vida por la honra del Señor en el reino de Sicilia, y con tres coronas de virgen, doctor y mártir, subirás triunfante al cielo.* Con estos y otros coloquios santos, se alegraron y comunicaron entre sí estas tres lumbreras del mundo. Salieron juntos, y llegando á Santa Sabina (cuya iglesia este mismo año dió el papa á Sto. Domingo para convento de su religion) les pidió un leproso la salud, que tuvo luego por la oración de tan poderosos abogados. En Santa Sabina pasaron la siguiente noche los tres, ya en oración, ya en santísimos coloquios. Hoy se lee sobre la celda en que vivió Sto. Domingo en este convento, una latina inscripcion, que es memoria eterna de todo lo referido, demás de referirlo el patriarca Enoch, que se halló presente, y otros gravísimos autores.

Recibió Angelo la última bendición del papa, y partióse (habiéndose despedido de sus dos santos amigos) con sus tres compañeros de Roma. Predicó en el reino de Nápoles, y ganó, con su predicación y milagros, infinitas almas para Dios, y para su religion muchos sugetos, y algunos conventos. Llegó al fin á Sicilia, desembarcando en Palermo, donde con su predicación convirtió doscientos y siete judíos y moros, y redujo á verdadera penitencia á infinitos cristianos, haciendo asimismo muchísimos milagros. Entrado el año de 1220, se partió á Agrigento con deseo de visitar su obispo. En el camino pasó en las termas ó baños Cefalitanos, en que halló siete leprosos, que reñían con la guarda, sobre que no los dejaban entrar: compadeciósse Angelo, y dijoles: Tened paz, hermanos míos, y si quereis alcanzar sa-

lud, arrepentios de vuestras culpas, y confesadlas, que sanareis sin duda. A esta voz conmovidos todos siete se confesaron con él, y habiéndolos absuelto, y hecho oración por ellos, los dejó tan sanos y buenos como si en su vida no hubieran tenido tal enfermedad. Halláronse presentes á este tan grande milagro mas de ciento y treinta personas, y entre ellas el arzobispo de Palermo, que aquejado de graves dolores, había venido á bañarse; pero manifestando al Santo su necesidad, halló en él mejor medicina, y la salud entera, sin necesidad del baño. Viendo el agradecido arzobispo, que no pudo detener á Angelo en su ciudad, se fué con él á Agrigento, hecho discípulo suyo, y predicador de su santidad y milagros. En esta ciudad de Agrigento hizo lo que en las demás, sacar infinitas almas de pecado, y sanar infinitos cuerpos.

A los primeros de marzo salió para Leocata, acompañándole siempre el arzobispo. Era esta ciudad la que le había señalado el Señor por campaña de sus triunfos; y así comenzó á hacer cruel guerra á todos los vicios con su divina predicación. Pudo tanto con los ánimos mas obstinados, que en breve tiempo no se oía otra cosa que llantos, clamores, penitencias y confesiones públicas. No lo hizo así el tirano conde Berengario, hombre fiero, hereje y desalmado, á quien en secreto afeó muchas veces Angelo, entre otros vicios detestables, el estar públicamente amancebado con su hermana, la ofensa que hacia á Dios, el escándalo que daba al pueblo; y de todo se reía el hereje, haciendo gala de ser vicioso. Viendo su dureza, el Santo prosiguió en público, y en un sermón que predicó á los 25 de abril en que cayeron las Letanías mayores, dió el Señor tal virtud á su voz, que convirtió el corazón de Margarita, hermana y manceba de Berengario. Luego que se convirtió tomó sus tres hijos por sacarlos de tan mal padre, y llena de dolor y lágrimas se fué á los pies de Angelo, manifestándole su pecado y arrepentimiento. Suplicóle, que sacándola del poder de su hermano, la pusiese en parte segura, donde pudiese satisfacer al Señor lo mucho que le había ofendido. Gozoso el Santo oyó á Margarita en confesión, confirmóla en su propósito, y ofrecióle de parte de Dios el remedio y la seguridad.

El pérfido Berengario, que con la conversión de cualquiera pecador mas se obstinaba, sabiendo la de su hermana, dió en frenético, y lo menos con que se contentaba era dar muerte á san Angelo. Para la ejecución habló á los de su séquito, que como hombre poderoso y desalmado tenia muchos, y determinaron fuese en público y en día solemne, para que fuesen mas solem-

nes y públicas sus maldades. Mientras Berengario prevenia crueldades, el cielo prevenia favores á Angelo; y así estando en oración se le apareció S. Juan Bautista, y le dijo: *Sabe, Angelo, que tus virtudes y buenas obras son tan aceptas á Dios, y á su santísima madre María, que á 5 de mayo te han de llevar á la patria celestial en compañía de los santos y ángeles, colocándote en sus coros con la corona del martirio.* Alegre sobre manera recibió Angelo nueva tan deseada; y poniéndole por medianero, para que Cristo y su Madre le diesen valor en el trance que esperaba, gastó lo restante de la noche en prevenir su batalla y su triunfo. Por la mañana dió parte á sus compañeros de la celestial vision. Aconsejóle Fr. Pedro que huyese y diese lugar á la ira del tirano; pero Angelo, que solo deseaba ir á reinar con Cristo, desechó su persuasión, y se preparó para la ocasión con mas fervores. Llegó el día 5 de mayo, y despues de haber dicho misa en su convento con especialísima devocion y ternura, fué á la iglesia de los gloriosos apóstoles S. Felipe y Santiago, que está vecina al mar, y aquel día predicaba en ella. Era el concurso de mas de cinco mil personas, y subiendo al púlpito comenzó á predicar con tal dulzura, eficacia y fervor, que parecia un ángel enviado del cielo. En el fervor del sermon llegó el malvado conde Berengario, asistido de mas furias infernales que hombres facinerosos, y encaminándose y subiendo al mismo púlpito, dió al Santo cinco crueles y mortales puñaladas, sacrificando á Dios aquel immaculado cordero, que con cinco fuentes de su virginal sangre quiso recompensar al Redentor las cinco preciosas llagas, que en la cátedra y púlpito de la cruz recibió por la salvacion de los hombres.

En vista de tanta maldad se puso todo el auditorio en armas, para vengar tan enorme sacrilegio; pero el Santo con rostro sereno y alegre rogó á todos dejasen ir á Berengario, y acudiesen á favorecer á su hermana, librándola de sus crueles manos. Sintiendo ya ansias mortales, se puso de rodillas con los ojos en un santo Crucifijo, y despues de haber orado por Berengario, por Margarita, por todo el pueblo, y por la Iglesia toda con tierna devocion y afecto, comenzó á decir el salmo: *In te, Domine, speravi*; y llegando á decir el verso: *En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu*, se oyó una voz del cielo, que dijo: *Ven, Angelo, al reino que está preparado para ti y todos mis escogidos*: y al mismo tiempo vieron los presentes bajar sobre su cuerpo una luz mas resplandeciente que el sol, y salir su alma en forma de una candidísima paloma. Oyéronse suavísimos cánticos, con los cuales y los fragantísimos olores que

exhalaba su santísimo cuerpo, las lágrimas de los presentes se convirtieron en gozo. Solo Berengario, digno de eterno castigo, los desmereció; el cual acudiendo á dar la muerte á su hermana, y no pudiendo hallarla, se ahorcó desesperado, dando infame fin á su vida: cuyo cuerpo echado de la ciudad, fué sepultado en el vientre de las fieras, por haberlo sido él en la vida y en las obras. Sucedió el martirio de S. Angelo el año de 1220, día 5 de mayo en que le celebra la Iglesia.

Gran dolor causó al arzobispo Gotfredo la muerte de su amigo, que por estar muy ocupado no habia asistido al sermon, y partió luego á la iglesia, y sintiendo el celestial olor, y oyendo los suaves cánticos, veneró el cuerpo como santo, y le hizo colocar en un alto túmulo, donde (á petición del pueblo) estuvo ocho dias, haciendo tantos milagros, que es imposible reducirlos á número. Al darle sepultura hubo una piadosa competencia entre los padres Carmelitas y el clero, sobre que aquéllos se lo querian llevar á su casa, y éste no le queria dejar salir de la suya, donde al fin se quedó, declarando Gotfredo ser esta la voluntad del Santo. Luego que fué enterrado, comenzaron á esperimentarse (entre otros muchos) tres singulares prodigios. Una fuente de aceite que corria, en el lugar donde fué martirizado, todos los años desde las primeras visperas del Santo hasta las segundas (hoy persevera esta milagrosa fuente, si bien no es aceite el que ahora mana, sino agua; pero tan milagrosa como era el aceite) con el cual se hacian innumerables milagros, sanando enfermos de todas enfermedades. Una hermosa azucena, que cuantas veces la cortaban, tantas volvia á nacer, en el lugar donde estaba sepultado su cuerpo, con cuyo celestial aviso trasladaron á mas suntuoso y autorizado sepulcro. El tercero fué, que descubriendo su cuerpo, siempre le hallaban con la sangre de las heridas tan reciente, fresca y colorada como el dia de su martirio, y las rosas y flores tan frescas y olorosas como estaban al tiempo que las cogieron.

Fuera nunca acabar querer referir la suma de los milagros que ha hecho y hace en todos tiempos, ya curando enfermos de todas enfermedades (y especialmente en tiempo de peste, de que es abogado, ha librado muchas veces á Leocata, como tambien de invasiones de turcos) ya resucitando muertos, dando vista á ciegos, oído á sordos, pies á cojos, manos y brazos á baldados, ahuyentando espíritus inmundos de los cuerpos de muchísimas personas. Quien gustare de ver muchos, lea las historias de Santos carmelitas, que hallará cumplidos sus deseos, que aquí por la brevedad los omitimos. A fuerza de sus

maravillas le ha hecho Palermo su patron, como tambien Leocata, donde consiguieron los padres Carmelitas la iglesia en que estaba su cuerpo. La Iglesia romana le publica mártir y santo carmelita en sus Martirologios. El papa Pio II le concedió oficio eclesiástico, á petición del beato Fr. Juan Soret, general del Carmen, el año de 1459, y el papa Clemente X ha concedido jubileo plenísimo y perpetuo para el dia 5 de mayo, en que su religion le celebra.

La misa es en honor de S. Pio V, y la oracion la que sigue:

O Dios, que te dignaste elegir por pontífice máximo al bienaventurado Pio V, para destruir á los enemigos de tu Iglesia, y para reparar el culto divino; haz que seamos defendidos con su proteccion, y

que de tal manera nos dediquemos á tu servicio, que librándonos de las asechanzas de todos nuestros enemigos, gozemos de una perpetua paz. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capitulo 44 y 45 del Eclesiástico.

He aqui un sacerdote grande que en sus dias agradó á Dios, y fué hallado justo, y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliacion. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo célebre en su pueblo. Dióle la bendicion de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus

bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dió la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dió el sumo sacerdocio; y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio, y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES.

Invenit gratiam coram oculis Domini: halló gracia en los ojos del Señor. El favor de los grandes del mundo no excluye el mérito; pero tampoco le supone, ni mucho menos le da. Puede lograrse sin merecerse; mas supongamos que se merezca, ¿qué provecho, qué ventaja sólida y permanente se saca de estar en su gracia? Ya es como destino de los favorecidos no conservar el favor hasta el fin; ó porque los príncipes se cansan de

ellos despues de haberles dado todo cuanto pueden darles, ó porque ellos se cansan de los príncipes cuando no tienen mas que esperar. Pero demos que se conserven en la gracia del príncipe hasta la muerte; de todos sus favores, ¿qué provision les podrá ser útil para la otra vida? A un favorecido que se condenó, ¿le servirá de gran consuelo haber sido objeto de envidia en la corte, haber tenido parte en todas las gracias, haber merecido toda la confianza del príncipe? Cómprase por lo comun á subido precio el favor de los grandes; cuesta mucho el conservarle, y la desgracia, por lo regular, es efecto del capricho. ¿Pero cuesta tanto hallar gracia en los ojos del Señor?

Desde que quiero estar en gracia suya, lo estoy; y cuando dejo de estarlo, siempre es por culpa mia. Este favor no causa zelos; cuanto mas estrechamente se logra, con mayores ansias se desea que se aumente el número de los favorecidos; el tesoro de las gracias es infinito; por mas que se repartan y se distribuyan, nada se pierde; finalmente, hablando en rigor, sola la amistad de Dios da verdadero mérito. El nacimiento, los bienes de fortuna, un empleo honorífico, un mérito puramente exterior, la brillantez del ingenio, la penetracion, el despejo, la cultura, si dan alguno, es muy superficial, y bien despreciable. No hay duda que hay prendas naturales que hacen respetables á los hombres; pero en este respeto tiene mucha parte la imaginacion: y sobre todo, ¿de qué utilidad, ni de cuanta duracion son esos imaginarios méritos? Sola la virtud no depende, ni de la idea, ni del capricho de los hombres, ni de la inconstancia de los tiempos. ¿Es uno grato á los ojos de Dios? ¿está en su gracia? pues tiene verdadero mérito. Que sea de humilde y oscuro nacimiento, que tenga ingenio ó deje de tenerle, que sea pobre, que sea desconocido, que le falte toda humana proteccion, todo apoyo, todo arrimo, ¿es amigo de Dios? pues es hombre respetable. Los disolutos que están mas cubiertos de oro respetan la inocencia y la virtud en el mas vil y mas andrajoso esclavo. En vano afectan burlarse, divertirse, hacer chusleta de la devocion; interiormente la estiman y la veneran. Es este un tributo que la razon paga indispensablemente á la virtud. *Halló gracia en los ojos del Señor.* En este breve panegirico se comprenden los mas grandes, los mas magnificos elogios. ¿*Halló esta gracia?* Pues ya hizo su fortuna por el tiempo y por la eternidad. ¡Y será posible que ni siquiera sea objeto de nuestra ambicion esta fortuna! ¡y será posible que estimemos tan poco este favor! ¡y será posible que nos haga tan poca fuerza este mérito! ¡y será posible que aspiremos á otra gloria! ¡O buen Dios,

cuanto nos debe humillar este mal gusto, y este perverso modo de discurrir! ¡pero qué dolor, qué desesperacion será la nuestra algun dia por haber hecho tan poco caso de la amistad del Señor!

El Evangelio es del cap. 25 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre, que debia ir muy lejos de su país, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes. Y á uno dió cinco talentos, á otro dos y á otro uno, á cada cual segun sus fuerzas, y se partió al punto. Fué, pues, el que habia recibido los cinco talentos á comerciar con ellos, y ganó otros cinco: igualmente el que habia recibido dos, ganó otros dos; pero el que habia recibido uno, hizo un hoyo en la tierra, y escondió el dinero de su señor. Mas despues de mucho tiempo vino el señor de aquellos criados, les tomó cuentas; y llegando el que ha-

bia recibido cinco talentos, le ofreció otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Dijole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor. Llegó tambien el que habia recibido dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos mas que he granjeado. Dijole su señor: Bien está, siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

MEDITACION.

Cuanto importa no despreciar las cosas pequeñas.

PUNTO PRIMERO. — Considera con qué exactitud y con cuanto cuidado tomó cuenta el padre de familias hasta de los menores talentos, y con qué severidad castigó la negligencia del siervo tímido y perezoso. Solo se descuidó en negociar con un talento, y por eso fué condenado al último suplicio. Terrible documento para los que hacen poco aprecio de las obligaciones mas menudas.

Aun el motivo de la grande liberalidad que ejerció el padre de familias es leccion muy importante: *Alégrate, siervo fiel, pues porque lo fuiste en pocas cosas, yo te haré dueño de muchas.* Desengañémonos, y acabemos ya de deponer esas falsas pre-

ocupaciones. Es error imaginar que la escrupulosa exactitud en cumplir con las obligaciones y reglas mas menudas es virtud de novicios, y que la sólida virtud no depende de esa exactitud escrupulosa; porque realmente sin ella no hay verdadera virtud. *Quia super pauca fuisti fidelis*; porque fuiste fiel en pocas cosas, esto es, en cosas pequeñas. Aquí no se habla ni de grandes sacrificios, ni de cuantiosas limosnas, ni de victorias extraordinarias; ni los desiertos, ni los cadalsos se proponen aquí por medida del premio y del salario: *quia super pauca fuisti fidelis*. Esas acciones heroicas que hacen tanto ruido, y que tanto edifican al mundo, son poco frecuentes. No todos los dias se entra en una religion; son muy raras esas grandes mortificaciones; el sacrificio de los padres, de los parientes, de los bienes de fortuna se hace una vez en la vida. Pídenos Dios un amor, una fidelidad mas constante, y la fidelidad en cosas pequeñas es de todos los dias y de todas las horas. A cada instante se nos ofrecen pasiones que domar, ocasiones en que sufrir, humor, genio y caprichos que vencer. Estas victorias no hacen tanto ruido ni nos granjean tanto honor delante de los hombres; pero son de un precio inestimable á los ojos de Dios. ¡Cuántas gracias se siguen necesariamente á esas multiplicadas victorias! ¿y bastará una devocion pasajera, un fervor momentáneo, una virtud superficial para esta firme y constante fidelidad?

Se puede decir que la virtud mas elevada depende de esta fiel puntualidad en cosas pequeñas; ó á lo menos es cierto que para ser exacto en ellas es menester un grande amor de Dios. Para vencer las dificultades que se representan en las acciones grandes, basta muchas veces el honor que se nos sigue de ellas; las mayores humillaciones, siendo públicas y voluntarias, traen consigo no sé qué esplendor ó brillantez que lisonjea al amor propio. Pero cuando en el cumplimiento de las obligaciones menudas no se descubre cosa que pueda avivar el apetito de la propia estimacion; cuando todo el mérito de la obra es puramente interior; cuando son aquellas acciones comunes, oscuras y ordinarias en que el amor propio no descubre aliciente ni atractivo; cuando los motivos de ellas son totalmente sobrenaturales, sin mezcla de algun humano respeto; cuando la religion y la perfeccion es su único móvil y principio; ¿entonces qué virtud mas sólida, ni qué amor de Dios mas encendido ni mas puro? Y á vista de esto, ¿habrá quien se desaliente, quien desespere de arribar á la perfeccion, porque ni se siente con espíritu, ni se le ofrece ocasion para hacer cosas grandes? ¡Qué dolor! ¡qué confusion será la nuestra cuando veamos que la mas elevada